

novela
negra

Daniel Quirós

Verano rojo



Editorial
Costa Rica

VERANO ROJO

© Daniel Quirós

© Editorial Costa Rica

Teléfono: (506) 2233-0812. Fax: (506) 2233-5091

Apartado postal: 10 010-1000, San José, Costa Rica

Correo electrónico: produccion@editorialcostarica.com

www.editorialcostarica.com

Dirección editorial y producción: Marianela Camacho Alfaro

Diseño de colección: Priscila Coto

Diseño, diagramación y portada: Felipe Fernández

Primera edición, segunda reimposición:

Editorial Costa Rica, San José, 2012

Derechos reservados conforme
a la Ley de Derechos de Autor
y Derechos Conexos. D.R.

CR863.44

Q8v

Quirós Ramírez, Daniel

Verano rojo / Daniel Quirós Ramírez.

– 1ª ed., 2ª reimpr. – San José: Editorial Costa Rica, 2012.

156 p.; 21 x 14 cm.

ISBN 978-9977-23-936-1

I. Novela costarricense. I. Título.

DGB/PT

12-15

Prohibida la reproducción total o parcial.

Todos los derechos reservados.

Hecho el depósito de ley.

Para mi familia y para Leonora, los mejores lectores.

*She looked round the room, reviewing all its familiar objects
which she had dusted once a week for so many years,
wondering where on earth all the dust came from.*

JAMES JOYCE

I

El polvo. Odio el polvo. En esta época del año lo envuelve todo, como una telaraña ubicua. Se mezcla con el sudor y transforma la piel del rostro en una máscara ennegrecida. No importa cuántas veces me limpie con el pañuelo blanco que llevo en el bolsillo del pantalón, igual siento ese raspar incómodo sobre la piel, el sabor a tierra sobre los labios, que trato de humedecer con la lengua, pero que siempre terminan resquebrados. Lo mejor es pasar el día en el bar de doña Eulalia, desde donde se puede ver el mar, que a veces envía una que otra ráfaga de viento, que junto con un cigarrillo y una cerveza bien fría, hacen del día algo parcialmente tolerable.

Pocas personas entran. No mucho se puede esperar de un pueblo de pescadores, donde no viven ni trescientas personas, que algún chistoso tuvo la gran idea de nombrar Paraíso. Al mediodía el bar está más ocupado, cuando los pescadores atracan sus barcas en la playa del frente, y después de descargar su botín, por lo general escaso, entran al bar a comerse algo y tomarse unas cuantas cervezas antes de irse a vender sus pescados o langostas a los hoteles turísticos del área. Aparte de ellos, solo entran algunos campesinos –unos a caballo, otros en *pick-up* con cajón de madera–, ganaderos que van de pasada a visitar alguna propiedad, y uno que otro turista perdido, por lo general surfistas californianos que viajan en todoterreno y se dirigen a las playas cercanas. Lo malo

de los carros es que al pasar levantan nubes de polvo insoporables, que entran al lugar y ahuyentan las moscas de las mesas. Después de que pasan, suele salir doña Eulalia con una manguera, a regar la calle para calmar la polvareda. Como hay escasez de agua durante esta época, siempre se me ocurre decirle algo, pero al final de cuentas a quién le importa.

Estaba en el bar la primera vez que escuché del cadáver. La muerta era una mujer de Tamarindo que todos conocían como la Argentina, que en verdad se llamaba Ilana Echeverri. El cadáver lo había encontrado al amanecer uno de los pescadores del pueblo, Faustino Arias. Me interesé porque sabía quién era la mujer. Nos habíamos conocido hacía muchos años, poco después de que me mudé de la capital a Paraíso, donde construí una casa con los escasos ahorros de un ex agente del Instituto Nacional de Seguros, la compañía de seguros del Estado, la única en el país. En el INS, yo había sido uno de esos tipos que envían a investigar los accidentes de carro y los reclamos de seguro que hacen los clientes. Aún me faltaban bastantes años para la jubilación, pero ya había aguantado suficiente. Estaba harto de la ciudad, del esmog, de la congestión diaria, de los asaltos y de los atracos, de la burocracia en el trabajo, de la corrupción, del mal pago y el peor trato de los clientes. Mi padre, que venía de una familia de ganaderos de Guanacaste, me había heredado un terreno cerca del mar, a dos kilómetros de Paraíso. Haciendo números, me di cuenta de que podía construir una casa decente donde podía dedicarme a fomentar el olvido.

En esa época después de la mudanza, yo viajaba mucho a Tamarindo a comprar cosas. La casa requería trabajo constante y ese era uno de los únicos lugares, a un radio de treinta kilómetros sobre la costa, que podría ser considerado una ciudad, donde por lo menos había un supermercado y abastecedores en los que vendían materiales de construcción

y artículos para el hogar. La Argentina, quien había llegado a Tamarindo en los tempranos ochenta, era la dueña de un café que me gustaba frecuentar, cerca del centro de la ciudad. Al principio, el lugar, también su casa, era poco más que un par de mesas con unas cuantas revistas y libros. Pero al pasar los años, Tamarindo empezó a crecer, y el café no fue ninguna excepción. En menos de veinte años, el pueblo de unas cuatrocientas personas, con calles aún de arena, se convirtió en una ciudad de más de siete mil, con cadenas internacionales de hoteles, albergues, residencias de lujo para extranjeros jubilados, bares y restaurantes de todo tipo, centros comerciales y hasta un supermercado de la cadena más grande del país. Los locales, al principio guanacastecos de pura cepa, que vivían del campo, de la ganadería y de la pesca, eran ahora una comunidad de nacionales de distintas partes del país, italianos, colombianos, argentinos y gringos, de todas las clases sociales y edades. La Argentina pasaba la mitad del día protestando —contra la prostitución de menores, los piedreros que asaltaban por la noche, el tráfico de drogas, el montón de gente, la necedad de los turistas—, pero la verdad era que le había ido bien. Hasta había ampliado el lugar, que aparte de servir café, cerveza y licores, también se había convertido en un café cibernético.

La razón por la que yo frecuentaba el café era porque la Argentina había logrado reunir la mayor colección de libros en todo el área. Empezó con unos cuantos que dejaban los turistas y de ahí fue creciendo la biblioteca. Los libros se alquilaban por un precio insignificante y también se podían hacer intercambios. A mí siempre me había gustado leer, y en Paraíso, a veces no había mucho más que hacer con las horas de silencio. Entonces, cuando iba al café, escogía cuatro o cinco libros, los apuntaba en una libreta roja que servía de registro, y luego me los llevaba a la casa para que me ayudaran

a pasar el rato. Pero, antes de volver a Paraíso, siempre me sentaba en alguna mesa del café a tomarme unas cervezas y leer un rato. Las mesas estaban sobre una terraza frente a la casa, desde donde se podía ver el día morir sobre el océano a la distancia.

No recuerdo en qué momento la Argentina empezó a sentarse a hablar conmigo. Para ese entonces, ya habíamos pasado de los saludos con un movimiento de cabeza a intercambiar algunas palabras. Siempre que yo entraba al café, ella estaba detrás del mostrador que funcionaba como bar y caja, leyendo y fumando cigarrillo tras cigarrillo. Yo le pedía una cerveza, que ella sacaba de una hielera bajo el mostrador, y luego me dirigía a los estantes al lado de la barra a inspeccionar los libros. Al principio, la Argentina solo me miraba de reojo, pero al pasar el tiempo, me empezó a hablar. Un día me recomendó un par de libros, decía que teníamos gustos parecidos. Tenía razón. No mucho después de eso fue cuando empezó a sentarse a mi mesa, a hablarme sobre política o de los problemas y asuntos de la ciudad. Si no andaba muy conversadora, leíamos y fumábamos en silencio. Siempre me extrañó que no me molestara su compañía. Por lo general, no me gusta que las personas se metan conmigo. Hace muchos años que perdí la paciencia para las gracias sociales. Pero la Argentina era diferente, no se dejaba llevar por el jueguito de las sonrisas falsas que caracteriza a la mayoría de las personas. Ella más bien era directa, brutalmente honesta, y siempre iba al grano del asunto. El hecho de que a veces salía una que otra persona del café, completamente indignada por algún comentario suyo, no le preocupaba en lo más mínimo. Por eso, la mayoría de los nacionales y los turistas no la entendían, estaban demasiado acostumbrados al lenguaje indirecto, cortés e indulgente que caracteriza al país.

A mí la Argentina me cayó bien desde un principio. Aunque, al verla por primera vez, recuerdo que pensé que lo último que necesitaba Tamarindo era otra *hippie* cincuentona. Después llegaría a darme cuenta de qué tan equivocado había estado. Pero fue difícil pensar otra cosa, ya que su cabello lo mantenía al estilo rasta, con seis o siete *dreads* gruesos que usualmente llevaba envueltos en un moño gigante. Su espalda estaba completamente tatuada con un *leitmotiv* cósmico, en el que se podía ver el planeta Júpiter y sus lunas, además de estrellas, cometas y asteroides que viajaban por el espacio de su piel, hecha morena por el sol. Incluso en una ciudad con tanto turista, llamaba la atención. También porque era bastante excéntrica. Recuerdo la primera vez que me llevó a su dormitorio. Me dijo que me quería prestar un libro de su colección privada, de los que no alquilaba. En su alcoba, había una cama matrimonial frente a un cuadro gigante, tal vez de dos por tres metros, en el que había dos piernas femeninas desnudas, abiertas de par en par. Al ver que me fijaba en el cuadro, la Argentina me comentó que era el autorretrato de su ex mujer. Encima de nosotros, colgaban libros del cielo raso. Había por lo menos unos cuarenta libros, todos atados con pequeñas sogas. Al preguntarle por qué estaban ahí, me respondió, con completa y serena tranquilidad, que ella ahorcaba a los malos libros. Sobre la pared, tenía una carta enmarcada. Me acerqué a leerla y me dijo que era una copia de una de las cartas que el poeta peruano César Vallejo le había enviado al escritor y artista nacional Max Jiménez desde París en noviembre de 1924. Según la Argentina, Jiménez le había prestado al poeta su estudio cuando este estaba sin dinero, casi muerto de hambre y de frío. Por alguna razón, dijo, la carta le hacía pensar en por qué había decidido quedarse en el país. En ese entonces yo no conocía a los escritores, así que me pareció raro, además de bastante cursi. Pero no le dije nada.

El día que se encontró el cuerpo de la Argentina, tenía planeado pasar al café antes del atardecer. Pensé que iba a ser otra de esas tardes con ella, en la terraza frente al mar. Pero mientras me tomaba la segunda cerveza en el bar de doña Eulalia, entró Faustino Arias y acabó con esa posibilidad. He vivido demasiados años como para dejarme sorprender por ese tipo de noticia, pero al escuchar de quién era el cuerpo que encontró Faustino, de cualquier manera sentí un vacío en la boca del estómago. El pescador contó que había encontrado el cadáver al amanecer, mientras desataba su panga y se preparaba para su faena diaria sobre el mar. El cuerpo estaba boca abajo sobre la arena, y la marea que salía –que Faustino calculaba como mitad baja–, movía el cabello de la muerta lentamente, como si estuviera sobre una gran rueda invisible, hecha mitad de sal y mitad de arena. Al principio, Faustino, quien dijo que en su vida solo una vez había visto un cadáver –el de su difunta abuela unos meses antes–, pensó que aún soñaba entre las cobijas de su cama. Pero después de frotarse los ojos con los nudillos, dijo, se dio cuenta de que efectivamente era un cadáver, y que además de eso, se trataba de la Argentina de Tamarindo, a quien todo el mundo conocía. Tapó el cuerpo con una lona azul y se dirigió a la comisaría en su bicicleta, para, según él, enterar a las autoridades. Al llegar a la comisaría, una casa mal pintada de un solo cuarto, despertó al cabo Hernández, el único en el lugar, quien dormía sobre un colchón en el piso de cemento. Hernández se vistió rápidamente, llamó a Tamarindo por la radio para que viniera una patrulla y alguien a llevarse a la muerta, y se montó en su bicicleta para seguir a Faustino a la escena del crimen. Aunque, en ese momento, aún no se hablaba de crimen, eso vendría después.

Lo último que escuché a Faustino contar, fue que la policía todavía seguía en el lugar, que aún no se habían llevado el cadáver. Me tomé el resto de la cerveza de un trago, extinguí mi cigarrillo y me encaminé hacia el norte, donde a los ochocientos metros encontré un grupo de personas amontonadas cerca de la playa, alrededor de una microbús amarilla en cuyos lados se leía “turismo”. La microbús pertenecía a Jorge Díaz, un chofer local que se ganaba la vida transportando turistas a las playas y al aeropuerto. Díaz estaba ya montado en el asiento del chofer, con el motor encendido, y apenas tuve tiempo de ver a unos hombres montar el cuerpo, envuelto en una sábana blanca, antes de que desapareciera la microbús, junto a una patrulla del OIJ, hacia Tamarindo entre una nube de tierra. Reconocí a algunos locales, quienes me saludaron con un “buenas tardes” lacónico, al que respondí con un movimiento de la cabeza. Las personas empezaban a dispersarse, aunque aún flotaba sobre el aire la emoción que suscitan las novedades en los pueblos pequeños.

Bajo una palmera, fumando un cigarrillo sobre su bicicleta, estaba el cabo Hernández. Era un moreno fornido e inteligente, de facciones indígenas, pocas palabras, y unos ojos verdes que nadie en su familia supo decir de dónde había sacado, pero que le habían merecido el apodo de Gato. El cabo llevaba el uniforme azul oscuro de la Fuerza Pública, que se ponía solo en ocasiones “oficiales”, cuando tal vez tendría que verse con sus superiores. Sobre el pecho derecho llevaba un parche negro, con su apellido en letras amarillas, además de otro parche con la bandera nacional sobre el hombro derecho. Además, llevaba puestas unas botas negras al estilo militar, recién embetunadas, pero ya completamente cubiertas por el polvo. Por último, el quepis negro sobre la cabeza. No pude dejar de pensar que en esta época del año, todo eso tenía que incomodarle. Sin embargo, el cabo permanecía

estoico, tranquilo, como si estuviera pasando un domingo en el parque.

—¿Fue la Argentina la que se llevaron ahí, Gato? —pregunté.

—Así es, don Chepe, parece que la mataron.

—¿Cómo?

—Pues tenía la cabeza desarmada, partida como una sandía. Para mí que alguien la baleó, así, de cerquita, y la dejó para que se la comieran los cangrejos. Nadie sabe nada. Los del OIJ dijeron que iban a volver, pero usted sabe cómo es eso, dijeron que no tienen gente y que hay que esperar a que venga alguien de la capital, seguramente entre mañana o pasado. Por ahora me encargaron a mí del asunto, me pidieron que cercara el área y que no dejara a nadie entrar.

Detrás del Gato pude ver que efectivamente se había hecho un cuadrado gigante entre algunas palmeras y unas varillas clavadas en la arena, con cinta oficial en la que se leía: “Terminantemente prohibido el paso”. El calor era insoponible, y al limpiarme el sudor del rostro por enésima vez, me volví a dirigir al Gato, quien no parecía sentir el calor de la misma manera:

—Hay que ir a echar una ojeada a la playa, Gato... —dije mientras encendía un cigarrillo y le ofrecía el paquete. A la misma vez me aseguraba de que estábamos solos. Hacía un tiempo, yo había empezado a ayudar con cosas en el pueblo. Todo comenzó un día en el bar de doña Eulalia. Era domingo y yo me tomaba las cervezas de todos los días. Un finquero local, al que siempre le daba la borrachera vaquera, le había faltado el respeto a doña Eulalia y después se rehusaba a salir del lugar. Cuando el Gato llegó, al hombre le pareció una buena idea tratar de partirlo a machetazos. Yo lo había convencido de que soltara el machete después de quebrarle

un par de costillas. Antes de trabajar para el INS, yo había pasado varios años en Nicaragua, luchando en la Revolución, donde había aprendido a hacerme entender. En Paraíso no caía de mal alguien con ese tipo de experiencia. A partir de ese día, terminé echando mano en varios casos: robos, drogas, asesinatos, ese tipo de cosas. Todo extraoficialmente, por supuesto. Después también me empezaron a buscar personas del pueblo y del área que necesitaban ayuda con algún asunto personal. Los trabajos no daban mucho, pero aunque sea mataban el aburrimiento y ayudaban a pagar los pocos gastos que tenía.

Fumamos en silencio por un tiempo. Después extinguimos la colilla de los cigarrillos con la punta del pie y nos dirigimos hacia la zona cercada. Es indudable que si alguien quiere cometer un crimen, uno de los mejores lugares para hacerlo es en una playa desierta. La arena es el mejor cómplice, borra todo tipo de huellas y desaparece cualquier evidencia. En verdad no había mucho que ver. De cualquier manera, pudimos llegar a algunas conclusiones. Primero, notamos unas huellas de llanta entradas en la arena, al lado de unas palmeras y a pocos metros de la calle y el polvo. Tenían que ser o de un *pick-up* o de un todoterreno, pero definitivamente de un 4x4 pesado, tanto por la anchura como por la profundidad de las huellas. Como la playa en la que estábamos no era frecuentada por turistas, y escasamente había alguien más que los pescadores locales, las huellas tenían seguramente mucho que ver con la Argentina. También, la marea estaba completamente baja, y había, en el lugar donde Faustino había encontrado el cadáver, dos hoyos en la arena, a la altura de las piernas, más profundos que el resto de la silueta del cuerpo. Para el Gato, eso significaba que la Argentina había sido puesta de rodillas y luego asesinada a quemarropa, con uno o dos tiros en la cabeza. El Gato también dijo que la Argentina

había sido encontrada con toda la ropa encima, sin marcas o evidencia de algún tipo de asalto sexual. En el bolsillo trasero de sus *jeans*, se encontró una billetera con seis mil colones. Así, pudimos por el momento descartar la posibilidad de un robo y de algún crimen con carácter sexual. La muerte, que seguramente aconteció en algún momento de la madrugada, claramente había sido un fusilamiento.